El olivo en la poesía de Sófocles y de Antonio Machado

Juan Jiménez Fernández
Instituto de Estudios Giennenses

Con una distancia cronológica de casi dos mil quinientos años, estos dos poetas, cada uno en su género, han hallado un motivo literario en el árbol sagrado por excelencia. Y no solo coinciden en su entusiasmo por su simbolismo, sino que su numen se ha dejado transportar ante la propia Atenea y unir ambos sus fervientes invocaciones a la diosa. Ello nos obligará a efectuar una incursión por la mitología y la historia, imprescindible para situarnos debidamente ante la consideración jurídico-religiosa que mereció el olivo entre los griegos, y, en suma, para situarnos en la médula misma de la cultura del árbol sacrosanto.

En la mitología

En tiempos de Cécrope, primer rey de Atenas (rey mítico aún), los dioses decidieron asumir la tutela de las diversas ciudades griegas, cuyos habitantes les tributarían veneración mediante la institución de un culto. Parece ser que Poseidón, el dios marino, fue el primero en llegar a la región del Ática y, con un golpe de su tridente[1], hizo brotar un mar[2] en plena Acrópolis de Atenas. Después de este episodio, se presentó Atenea[3] y, con Cécrope como testigo, plantó un olivo con la intención de erigirse en la patrona de la ciudad, propósito que también pretendía Poseidón. La pugna entre el dios y la diosa determinó a Zeus a designar un tribunal compuesto por los doce dioses olímpicos, que falló a favor de Atenea[4]. Así pues, ésta no solo llegó a ser la patrona de Atenas, sino que dio su nombre a la ciudad, pero, sobre todo, a ella se debe la introducción del olivo en el Ática y la invención del aceite. Desde

[1] Fue un regalo que los Cíclopes le forjaron en su fragua en agradecimiento por haberlos liberado de la prisión del Tártaro, donde los había recluido Crono. Con dicho tridente bate el mar y la tierra (lo que explica el oleaje y los terremotos).

[2] Término que debe entenderse en sentido muy amplio, dado el restringido de «*agua de mar en un pozo*», con que lo detalla el historiador Pausanias, que vivió en el siglo II d. C. en su *Descripción de Grecia* (I. 26. 5), lo cual –añade– «no es gran maravilla, pues también otros que habitan tierras del interior la tienen, como los habitantes de Afrodisias en Caria; pero este pozo produce para su constancia un rumor de olas cuando sopla el viento sur. En la roca existe la figura de un tridente, y se dice que ésta apareció como prueba a favor Poseidón en la disputa por la región».

[3] Como es sabido, es la diosa de la Inteligencia y de todas las manifestaciones del ingenio, desde la industria artesanal y los oficios hasta las Artes y la Filosofía. No obstante, la Poesía y la Música están bajo el patrocinio de Apolo, llamado el Musageta porque conducía el coro de las Musas. De igual manera, Atenea preside la inteligencia en la guerra, esto es, la estrategia militar, mientras que la ferocidad en el combate es cosa del violento Ares.

[4] En opinión de Plutarco (*Temístocles 19*), bastó con mostrar a los jueces el olivo sagrado (*hē morías*).

entonces el olivo tuvo consideración de árbol sagrado y emblemático de toda Grecia (Heródoto VIII. 55; Eurípides *Ión 1433-1436*, *Troyanas 799-807*; Pausanias I. 26. 6). Descontento con la decisión, el dios provocó un cataclismo en la llanura Triasia, la más occidental del Ática, haciendo que las aguas cubrieran todo su territorio. Por otro lado, su hijo Halirrotio, identificado con la indignación de su padre intentó, en un acto de sabotaje[5], cortar el olivo de Atenea, pero el hacha, como por ensalmo, saltando de las manos, lo habría degollado (aunque otras fuentes aseguran que el golpe le seccionó un pie, por lo que le habría convertido en un ser deforme y tullido).

Entre la mitología y la historia

Si el olivo había adquirido la dignidad de árbol sacrosanto, su madera no podía ser inferior en excelencia, como muestran los *xóana* o esculturas muy antiguas de madera (de ébano, encina, olivo principalmente), que, a manera de ídolos, representaban a las diferentes divinidades[6]. La larga historia de los *xóana* de Damia y Auxesia constituye un prueba ilustrativa de ello: estas dos jóvenes cretenses se habían trasladado a Trecén, ciudad de la Argólide (región al NE. del Peloponeso) cercana a Epidauro. Envueltas accidentalmente en un tumulto, fueron lapidadas por la multitud, pero, al descubrirse el error, los trecenios como reparación les instituyeron un culto, que se extendió a Epidauro y a la isla de Egina. Tras haberse declarado un período de esterilidad en el campo epidaurio, sus habitantes hicieron la pertinente consulta al oráculo de Delfos, que les aconsejó que erigieran sendas imágenes en honor de Auxesia y Damia[7], pero de olivo cultivado (*hēmérēs elaíēs*[8]), con exclusión del mármol, el bronce o cualquier otro material. Por ser los olivos del Ática de origen divino, acudieron a los atenienses, quienes

[5] Había tratado de violar a Alcipe, hija de Ares, que salió en su defensa y se deshizo del acosador. Poseidón lo demandó ante un tribunal formado por dioses, que absolvieron a Ares, de cuyo nombre, por haber sido el primer acusado que se juzgó en aquella colina, deriva el de Areópago o 'Colina de Ares' (*Áreios págos*), tribunal supremo que entendía en juicios por muerte.

[6] El vocablo griego *xóanon* (en plural, *xóana*) deriva del verbo *xéō*, 'raer','alisar', 'pulir'. Su significado mágico era fetichista puesto que se le atribuían virtudes sobrenaturales de tipo profiláctico. Pausanias (X. 19. 3) refiere un caso singular de un *xóanon*: «Sacaron del mar con sus redes unos pescadores de Metimna una cara hecha de madera de olivo con aspecto de ser una imagen divina, pero extraña, sin convenir a ninguno de los dioses griegos».

[7] Pausanias afirma haberlas visto y haber hecho sacrificios en su honor (II. 30. 4).

[8] La presencia de la *e* larga (ē) en esta forma (jónica), frente a la más común con *a* larga (ā), como ocurre en *elaía* (ática), se debe a una ligerísima diferencia dialectal.

accedieron a que cortaran uno bajo la promesa de que anualmente hicieran ofrendas a Atenea Políade[9] y al héroe mítico ateniense Erecteo. Heródoto apostilla en un paréntesis la razón de tan singular petición: «Se dice que, salvo en Atenas, en aquel tiempo no había olivos en ningún otro lugar de la Tierra» (V. 82. 2), lo que demuestra el interés encomiástico y propagandístico del narrador que pretende realzar los logros de la ciudad que era el centro de la Hélade: Atenas, ciudad fecunda y dadora de fecundidad a otras que quieran ser sus aliadas. Se tallaron, pues, y se erigieron las imágenes de ambas doncellas: los epidaurios cumplían con su compromiso anual y su tierra volvió a su fecundidad anterior.

En la historia

Cuando en la segunda Guerra Médica el ejército persa venció al rey espartano Leónidas, que custodiaba el paso de las Termópilas, tras un paseo militar por tierras de Tesalia y Beocia, se presentó en Atenas. Con anterioridad un oráculo délfico recomendaba a los atenienses que se parapetaran "tras un muro de madera inconquistable" (*xýlinon teîchos análōton*), consejo que parecía aludir a la empalizada construida en derredor de la Acrópolis como defensa. Ante la superioridad numérica del ejército persa sobre el griego, Temístocles era de la opinión de eludir en todo momento una confrontación por tierra; entonces hizo una interpretación muy particular del oráculo: ese muro de madera que sugería la pitonisa de Delfos encubría un sentido metafórico e indicaba al ejército que debía embarcar en las naves con las que habrían de defenderse ante el invasor, mientras que la población más débil (mujeres, niños y ancianos) fue evacuada a la cercana isla de Salamina. Los persas entre tanto habían incendiado los templos de la Acrópolis y, con ellos, el olivo sagrado de Atenea; solo los guardianes del tesoro de la diosa pudieron ofrecer resistencia, prontamente reducida y sofocada. Ocurría este hecho en el año 480 a. C. Concluye Heródoto su historia (VIII. 55), señalando que Jerjes permitió a los supervivientes reanudar no obstante –tal vez pesaroso de haber cometido sacrilegio- los oficios religiosos habituales en la Acrópolis, donde pudieron comprobar con gran sorpresa que del tronco del olivo había surgido un renuevo de casi un codo de tamaño[10].

---

[9] 'Protectora de la ciudad'.

[10] Equivalente a un pie y medio, o sea, a unos 45 cm. Pausanias, por su parte, (I. 27. 2) sostiene que el olivo retoñó el mismo día de la quema y que el vástago alcanzó los dos codos de altura.

En otro aspecto, en Olimpia se daba la particularidad de que no era un olivo cultivado (*elaía*) con el que tejían las coronas, sino de olivo silvestre o acebuche (*kótinos)* por haberlo plantado Heracles (el Hércules latino), el héroe mítico al que se atribuía la organización de los juegos más famosos de todos. Acabadas las pruebas deportivas que se desarrollaban a lo largo de cinco días, al sexto se procedía a la entrega a los *olimpiónicas* o vencedores de las distintas competiciones atléticas de las coronas de ese 'Olivo de la bella corona' (*Elaía kallistéphanos*), cuyos brotes debían ser cortados por un niño (*país amphithalës*) cuyos padres vivieran aún (Pausanias V. 15. 3), sin que se comprenda bien el carácter mágico de ese requisito ritual ni este historiador haya dado explicación alguna al respecto. En cambio sí que se refiere reiteradamente a la entrega *in situ* de una cinta (*tainía*) a los ganadores como símbolo provisional del reconocimiento de su victoria hasta la coronación definitiva con las guirnaldas de acebuche, guirnaldas que eran depositadas durante los primeras olimpiadas en un trípode guarnecido de bronce (V. 12. 5), antes de que se utilizara la mesa de oro y marfil, obra de Colotes, discípulo de Fidias (V. 20. 1-2). Quizá pueda calificarse de idealismo deportivo el hecho de combatir por unos trofeos simbólicos en unas pruebas tan duras en las que los agonistas podían dejarse no ya la salud sino hasta la vida misma, como el pancraciasta Arraquión de Figalía. Pero detrás de esa aparente ingenuidad, había algo más; acaso la mejor respuesta esté en una anécdota que cuenta Heródoto (VIII. 26) y que puede ahorrar todo comentario: en plena invasión persa de Grecia, Tritantecmes, general y pariente de Jerjes, al enterarse de que el premio de los Juegos Olímpicos era una simple corona de olivo, interpeló a Mardonio, general en jefe con estas pesimistas palabras, pero al mismo tiempo cargadas de admiración: «¡Ah, Mardonio, contra qué clase de hombres nos has traído a combatir, que no compiten en los Juegos por dinero sino por pundonor…!».

En el derecho ático

La consideración de árbol sagrado que los griegos dieron al olivo no podía circunscribirse solamente al ámbito mitológico y religioso. Era lógico que lo trascendiera y tuviera una concreción en la realidad social, aunque impregnada siempre de ese religioso respeto que el pueblo griego sentía por todo lo relacionado con sus dioses. De ahí que la tala o extracción de un olivo sagrado (*moría*) estuviera tipificada en el Derecho ático como un delito de impiedad (*asébeia*), que en épocas pretéritas, según Aristóteles (*Constitución de Atenas* LX. 2),

era merecedora de la pena de muerte, la cual imponía el Areópago, tribunal competente en delitos gravísimos, pues era el único (de los cuatro que actuaban en Atenas) facultado para castigar con la pena capital, como se ha referido en la nota 5.

Es probable que la legislación posterior rebajara aquel primitivo rigor, atenuando o conmutando la pena muerte por la del exilio o confiscación de bienes, como se intuye en el discurso *Pro sacra olea*, de Lisias. En esta misma pieza se alude también a penas menores de tipo pecuniario (multas) para aquellos que con sus aradas invadían o se acercaban excesivamente al terreno del olivo sagrado. Asimismo era grave delito, incluso, el descuajo de un tocón de olivo. La administración de los olivos públicos o sagrados dependía del Areópago, cuyos inspectores (*epignomones*), de designación anual, cuidaban de su vigilancia todos los meses. El Estado por su parte podía arrendar los olivos sagrados a particulares mediante una cuota convenida por la cosecha. Cuando estos olivos estaban en medio de predios privados, se preservaban, para diferenciarlos, con un cercado (*sekós*) o empalizada y su aceite era cosechado por el olivarero, que se obligaba a entregar al arconte[11] una cotila[12] y media a modo de contribución en especie. Del mismo modo, bajo la custodia de los tesoros de Atenea estaban dispuestas unas ánforas llenas de aceite que concedían los arcontes a los ganadores de las carreras hípicas en las fiestas de las Panateneas, que se celebraban cada cinco años en honor de la diosa patrona de la ciudad. Después de la guerra del Peloponeso, se procedió a proteger la vida de los olivos, bastante deteriorados, cuando no secos, a lo largo de las diferentes campañas bélicas, rodeándolos del correspondiente cercado; y ello por el valor sagrado que les infundía su conciencia religiosa.

Hasta tal punto estaba protegido el olivo en Atenas, que incluso para los privados (*ídiai eláai*) existía una ley, citada por Demóstenes (*Contra Macártato* XLIII. 71), que prohibía arrancar más de dos olivos al año para usos particulares o fines sacros, como ofrendarlo a un santuario en honor de un difunto. La transgresión de esta ley era castigada con 100 dracmas de multa, de los cuales se reservaba el diezmo para la diosa. Es más, al particular que lo acusara debía pagar otros 100 por olivo desarraigado.

---

[11] Magistrado supremo, que, en número de nueve, gobernaban Atenas. O sea, 0,81 litros, habida cuenta de que la capacidad de la cotila era de 0,27 l.

[12] Perífrasis poética por Peloponeso o 'Isla de Pélope', aunque no era tal, sino península, unida al resto de Grecia por el istmo de Corinto. El hecho de que el cultivo del olivo no se diera en esta región se debía a su fragosidad.

(La escena transcurre en un bosque de Colono, demo cercano a Atenas y patria chica del poeta. Por el camino llega Edipo, ya ciego, con su hija Antígona que le sirve de lazarillo).

En este escenario Sófocles ha puesto en boca del coro la estrofa 2ª de su tragedia *Edipo en Colono*, 694-706, un genuino canto lírico de loor al olivo:

> Existe un árbol cual yo no he oído
> que haya germinado jamás en tierras de Asia
> ni en la isla dórica de Pélope, árbol tenaz
> que brota espontáneamente, motivo de admiración
> de lanzas hostiles, que reverdece por doquier
> en esta tierra: el olivo de hojas glaucas
> que alimenta a nuestros hijos.
> Nadie, ni joven ni en plena vejez,
> podría destruirlo con rabiosa mano,
> pues el ojo avizor de Zeus, protector de los olivos,
> lo vigila siempre, así como también
> la de ojos glaucos, Atenea.

Como en todo poema laudatorio, el artista se ha dejado cautivar por la hipérbole, aunque parece ser que el olivo procedía de Oriente Medio, si bien su aclimatación es griega y, de aquí, su difusión por el Mediterráneo hasta las Columnas de Hércules.

La expresión de "motivo de admiración de lanzas hostiles" es una alusión al asombro que causó a griegos y persas el retoño que brotó después de haber sido quemado por éstos, según consta en el relato de Heródoto, citado anteriormente. ¿Cuál puede ser el alimento del olivo? Creemos que huelga todo comentario. Por último, el respeto religioso que le tributaban los atenienses explica la divina protección que le dispensaban Zeus (El Ojo que todo lo ve) y su hija predilecta Atenea.

Si la creación del tragediógrafo griego se inspira en el final del mito de Edipo, *El olivo del camino*, de nuestro Machado, se edifica sobre el de Deméter y su hija Proserpina[13]. Para la mejor comprensión del mito (y del poema), permítasenos una cumplida descripción de los principales episodios:

[13] Es la Perséfone griega, también llamada Core, que significa 'la muchacha', 'la doncella'.

Zeus era un enamoradizo y un seductor de diosas y de mujeres. De su aventura extramatrimonial con Deméter nació Proserpina. Un día en que ésta estaba cogiendo flores, se abrió la tierra y su tío Hades, que era hermano de Zeus y dios de los Infiernos, se la llevó a sus dominios, hecho que fue posible gracias a la complicidad de éste. En su intención de poseerla para siempre, Hades le dio un grano de granada y, desde entonces, la retuvo como diosa infernal también. Deméter oyó el grito desgarrador de su hija y, ante su desaparición, comenzó su búsqueda y peregrinación por todo el mundo. Solo Hécate y Helios (el Sol), que habían oído también el grito de Proserpina, la informaron del rapto. Entonces se metamorfoseó en una vieja y se dirigió a Eleusis, donde reinaban Céleo y su esposa Metanira, en cuyo palacio entró a cuidar al pequeño Demofonte[14] en calidad de nodriza, al que quiso hacer inmortal exponiéndolo al fuego para eliminar sus elementos humanos. Pero una noche Metanira la espió y, al ver la escena, dio un grito que motivó la interrupción del experimento, con lo cual el niño no dejó de ser mortal y obligó a Deméter a revelar su condición divina, aunque con la orden de que se le construyera un templo.

Por otra parte, su estancia entre los mortales determinó que la tierra se volviera estéril, por lo que Zeus ordenó a Hades que devolviese la joven a su madre, cosa imposible porque el fatídico grano de granada lo impedía. Solo quedaba el recurso de que Proserpina pasara la mitad del año en el Olimpo con Deméter al comenzar la primavera, esto es, cuando la tierra empieza a florecer, para volver de nuevo a la tenebrosa mansión cuando es llegado el momento de la nueva siembra. El mito, como puede deducirse, está en relación con la sucesión de las estaciones y, por consiguiente, con la agricultura.

A continuación, damos el texto del poema, limitándonos a glosar aquellos versos que requieran algún comentario:

I

Parejo de la encina castellana
crecida sobre el páramo, señero
en los campos de Córdoba la llana
que dieron su caballo al romancero,
lejos de tus hermanos

[14] Machado reproduce fonéticamente la antigua grafía griega de Keleós y Demofón, en los versos 47 y 50, respectivamente, distinta de la transliteración que hemos adoptado, según las normas que recomienda M. Fernández.-Galiano, 66 y 63.

que vela el ceño campesino –enjutos
pobladores de lomas y altozanos,
horros de sombras, grávidos de frutos-,
sin caricia de mano labradora
que limpie tu ramaje, y por tu olvido,
viejo olivo, del hacha leñadora,
¡cuán bello estás junto a la fuente erguido,
bajo ese azul cobalto,
como un árbol silvestre, espeso y alto.

II

Hoy, a tu sombra, quiero
ver estos campos de mi Andalucía,
como a la vera ayer del alto Duero
la hermosa tierra de encinar veía.
Olivo solitario,
lejos del olivar junto a la fuente,
olivo hospitalario
que das tu sombra a un hombre pensativo
y a una agua transparente,
al borde del camino que blanquea,
guarde tus verdes ramas, viejo olivo,
la diosa de ojos glaucos, Atenea.

En la primera de estas dos estancias, A. Machado no puede evitar su evocación de las tierras de Castilla, simbolizadas por la encina, para pasar en la segunda a cobijarse bajo el olivo hospitalario de Andalucía, esto es, dice adiós a Soria para saludar a la hidalga Baeza, que lo ha acogido noblemente.
Aunque sea casual, no deja de ser curioso que Sófocles termine su himno al olivo invocando a *la diosa de ojos glaucos Atenea*, que sirve de cierre también a la segunda estancia machadiana.

III

Busque tu rama verde al suplicante
para el templo de un dios, árbol sombrío;
Deméter jadeante
pose a tu sombra, bajo el sol del estío.
Que reflorezca el día
en que la diosa huyó del ancho Urano,
cruzó la espalda de la mar bravía,
llegó a la tierra en que madura el grano,

y en su querida Eleusis, fatigada,
sentose a reposar junto al camino,
ceñido el peplo, yerta la mirada,
lleno de angustia el corazón divino…
Bajo tus ramas, viejo olivo, quiero
un día recordar el sol de Homero.

Con el verso 32, el poeta indica que Deméter abandona las moradas divinas para bajar a la de los mortales, hasta "llegar a la tierra en que madura el grano" (de trigo), representada por Eleusis[15]. Aquí, en este demo muy próximo a Atenas, se le erigió el templo en que se celebrarían los famosos Misterios, cuyo ritual, por su carácter secreto, ha constituido un verdadero enigma. Lo único que se sabe es que era una religión oficiada por un hierofante, abierta, no clasista, entre cuyos *mýstai* (de *mýō*, 'cerrar los ojos, 'la boca') o iniciados podían figurar incluso esclavos. Con base en la vuelta de Core o Proserpina del mundo subterráneo, con su victoria sobre la muerte y la alegría de Deméter por recuperar a su hija, los humanos abrigaban la esperanza de alcanzar mayor gloria en la vida ultraterrena (Maisch y Polhammer 128, y Zielinski, 231), aunque modernamente hay quien duda de que se prometiera la salvación eterna (Bernabé, 56).

Otra ceremonia importante era la procesión de Eleusis a Atenas y viceversa, con cantos y danzas de los fieles.

IV

Al palacio del rey llegó la dea
solo divina en el mirar sereno,
ocultando su forma gigantea
de joven talle y de redondo seno,
trocado el manto azul por burda lana,
como sierva propicia a la tarea
de humilde oficio con que el pan se gana.
De Keleos la esposa venerable,
que daba al hijo en su vejez nacido,
a Demofón, un pecho miserable,
la reina de los bucles de ceniza,
del niño bien amado

[15] De nuevo, conviene recordar su patrocinio de la agricultura, así como su etimología. El vocablo Deméter parece estar compuesto de *dâ*, palabra prehelénica que significa 'tierra' y *mātēr*, 'madre'; o sea, 'tierra madre'. Sabiamente, los romanos la identificaron con su diosa Ceres, de la que, de modo sugestivo, deriva 'cereal'.

a Deméter tomó como nodriza.
Y el niño floreció como criado
en brazos de una diosa,
o en las selvas feraces
–así el bastardo de Afrodita hermosa–
al seno de las ninfas montaraces.

V. 57. El bastardo a que alude Machado es Eros o Cupido, acerca de cuyo origen se tejió el siguiente mito: este dios-niño fue el fruto de la unión ilícita de Afrodita (Venus), su madre, y Ares (Marte), pues era esposa de Hefesto (Vulcano), quien, al sorprenderlos en el lecho, los envolvió en una red invisible. Entonces llamó a los demás dioses, que, con sus risas, humillaron a la pareja. Tan pronto como la diosa se vio libre, huyó avergonzada. Como es sabido, Eros representa la fuerza irresistible del amor y su potencia generadora.

V

Mas siempre el ceño maternal espía,
y una noche, celando a la extranjera,
vio la reina una llama. En roja hoguera
a Demofón, el príncipe lozano,
Deméter impasible revolvía,
y al cuello, al torso, al vientre con su mano
una sierpe de fuego le ceñía.
Del regio lecho, en la aromada alcoba,
saltó la madre; al corredor sombrío
salió gritando, aullando, como loba
herida en las entrañas: ¡hijo mío!

VI

Deméter la miró con faz severa,
–tal es, raza mortal, tu cobardía.
Mi llama el fuego de los dioses era.
Y al niño, que entre sus brazos sonreía: -
-Yo soy Deméter que los frutos grana,
¡oh príncipe nutrido por mi aliento,
y en mis brazos más rojo que manzana
madurada en otoño al sol y al viento!...
Vuelve al halda materna, y tu nodriza
no olvides, Demofón, que fue una diosa;
ella trocó en maciza
tu floja carne y la tiñó de rosa,

y te dio el ancho torso, el brazo fuerte,
y más te quiso dar y más te diera;
con la llama que te libra de la muerte,
la eterna juventud por compañera.

VII

La madre de la bella Proserpina
trocó en moreno grano,
para el sabroso pan de blanca harina,
aguas de abril y soles de verano.
Trigales y trigales ha corrido
la rubia diosa de la hoz dorada,
y del campo a las eras del ejido,
con sus montes de mies agavillada,
llegaron los huesudos bueyes rojos,
la testa dolorida al yugo atada,
y con la tarde ubérrima en los ojos.
De segados trigales y alcaceles
hizo el fuego segados rastrojales;
el huerto rezuma el higo mieles,
cuelga la oronda pera en los perales,
hay en las vides rubios moscateles,
y racimos de rosa en los parrales
que festonan la blanca almacería
de los huertos. Ya irá de glauca a bruna,
por llano, loma, alcor y serranía,
de los verdes olivos la aceituna…

Mediante este pasaje (86-106), el vate, ante la esterilidad de los campos, relata la reacción benéfica de la diosa hacia el género humano, detallando el reflorecimiento de las plantas y sus frutos: comienza con los trigales y acaba con la aceituna, que "irá de glauca a bruna". En un fragmento de morosa exposición como el que se analiza, son dignos de resaltarse los arcaísmos como *alcaceles* (97) y *almacería* (103).

Tu fruto, ¡oh polvoriento del camino
árbol ahíto de la estiva llama!,
no estrujarán las piedras del molino,
aguardará la fiesta, en la alta rama,
del alegre zorzal, o el estornino
lo llevará en el pico, alborozado.
Que en tu ramaje luzca, árbol sagrado,

bajo la luna llena,
el ojo encandilado
del búho[16] insomne de la sabia Atena[17].
Y que la diosa de la hoz bruñida
y de la adusta frente
materna sed y angustia de uranida[18]
traiga a tu sombra, olivo de la fuente.
Y con tus ramas de divina hoguera
encienda en un hogar del campo mío,
por donde tuerce perezoso un río
que toda la campiña hace ribera
antes que un pueblo, hacia la mar, navío.

[16] Don Antonio ha querido referirse mediante esta ave a la lechuza, el animal acólito de Atenea, tan abundante en la ciudad de Atenas, que se le tenía como endémico. Prueba de ello, es el proverbio usado por sus habitantes «llevas lechuzas a Atenas» (Diogeniano III. 57, *CPG*), equiparable a decir "llevas aceitunas a Jaén"…

[17] Machado ha empleado dos grafías para citar a la diosa patrona de Atenas: Atenea < *Athēnāía*, que es la forma no contracta y más común, que nos ha llegado a través del latín *Athēnāea*, y la contracta Atena < *Athēnā(í)a* > *Athēnāa* >*Athēnā*. El diptongo griego *ai* se transcribe al latín como *ae*, y pasa al español como *e*, según se puede comprobar en *aínigma* > *aenigma* > enigma.

[18] Asimismo ha introducido este genuino cultismo griego que significa 'hijo' o 'descendiente de' Urano ('el Cielo'), como es el caso de Cronida, que deriva de Crono, o de Heraclida, de Heracles.

Referencias bibliográficas

APOLODORUS.(1989-90). *The Library*. Cambridge (Mass.)-London. Loeb. Ed. J. G. Frazer. 2 vols.(1985).

—— (1985) *Biblioteca*. (1985). Madrid, Gredos. Tr. y notas de M. Rodríguez de Sepúlveda.

ARISTÓTELES. (1984). *Constitución de los atenienses*. Madrid, Gredos. Intr., tr. y notas de M. Gª Valdés.

DEMÓSTENES. (1983). *Discursos privados I*. Madrid, Gredos. Intr., tr. y notas de J. M. Colubi Falcó.

EURIPIDIS Fabulae II. (1986). Oxford Classical Texts. Ed. J. Diggle.

FALCÓN *et alii*. (1992). *Diccionario de mitología clásica*. Madrid, Alianza Editorial.

FERNÁNDEZ-GALIANO, M. (1961). *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*. Madrid. Publicaciones de la Sociedad de Estudios Clásicos.

GRIMAL, P. (1982). *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona-Buenos Aires, Edic. Paidos. Tr. de F. Payarols.

*HERÓDOTI Historiae*³. (1963). Oxford Classical Texts. Ed. C. Hude. 2 vols.

HIMNOS homéricos. La Batracomiomaquia. (1978). Madrid, Gredos. Int., tr. y notas de A. Bernabé.

HOMERI Opera V. (1978). Oxford Classical Texts. Ed. T. W. Allen.

JIMÉNEZ FERNÁNDEZ, J. y MIGUEL JOVER, J. L. de (2008). *El olivo en las fuentes griegas*. Instituto de Estudios Giennenses.

—— (1993) *Los Juegos Olímpicos en Grecia*. Universidad de Granada.

LISIAS. (1953). *Discursos I-XII*. Barcelona. Edic. Alma Mater. Texto revis. y trad. por M. Fernández-Galiano.

MACHADO, A. (1980). *Poesías Completas*. Espasa-Calpe. Prólogo de M. Alvar.

MAISCH, R. y POHLHAMMER, F. (1951). *Instituciones Griegas*. Barcelona-Madrid, Editorial Labor.

MARTIN, R. (1996). *Diccionario de la mitología griega y romana*. Madrid, Espasa-Calpe. Tr. de A. Gallardo Laurel.

PAUSANIAS. (1931-35). *Description of Greece*. Cambridge (Mass.), Loeb. Ed. W. H. S. Jones *et alii*. 4 vols.

PLUTARCO. (1975-93). *The parallel lives VII-IX*. Cambridge (Mass.), Loeb. Ed. B. Perrin. *Sophoclis Fabulae*. (1961). Oxford Classical Texts. Ed. A. C. Pearson.

SÓFOCLES. (1986). *Tragedias*. Madrid, Gredos. Introd. de J. S. Lasso de la Vega. Tr. y notas de A. Alamillo.

—— (1999). *Tragedias y fragmen*tos. Madrid, Ediciones Clásicas. Nueva traducción con intr. y notas de M. Benavente.